

EL FUSIL

Siglo II.—Año XI.—Disparo 528.

SEMANARIO RADICAL

ÓRGANO OFICIAL DEL SENTIDO COMUN

OFICINA:
Calle de los Caños, núm. 4, 1.º planta.

PRECIOS:

Por número (un año)..... Tres pesetas
Por número (dos años)..... Seis »

Número suelta corriente..... Real
» » extraordinario..... 10 »
» » atrasado..... 25 »

Para los paqueteros: á 3 céntimos.
Extraordinario: á 6 céntimos
(desde 5 ejemplares en adelante.)

PAGO ADELANTADO

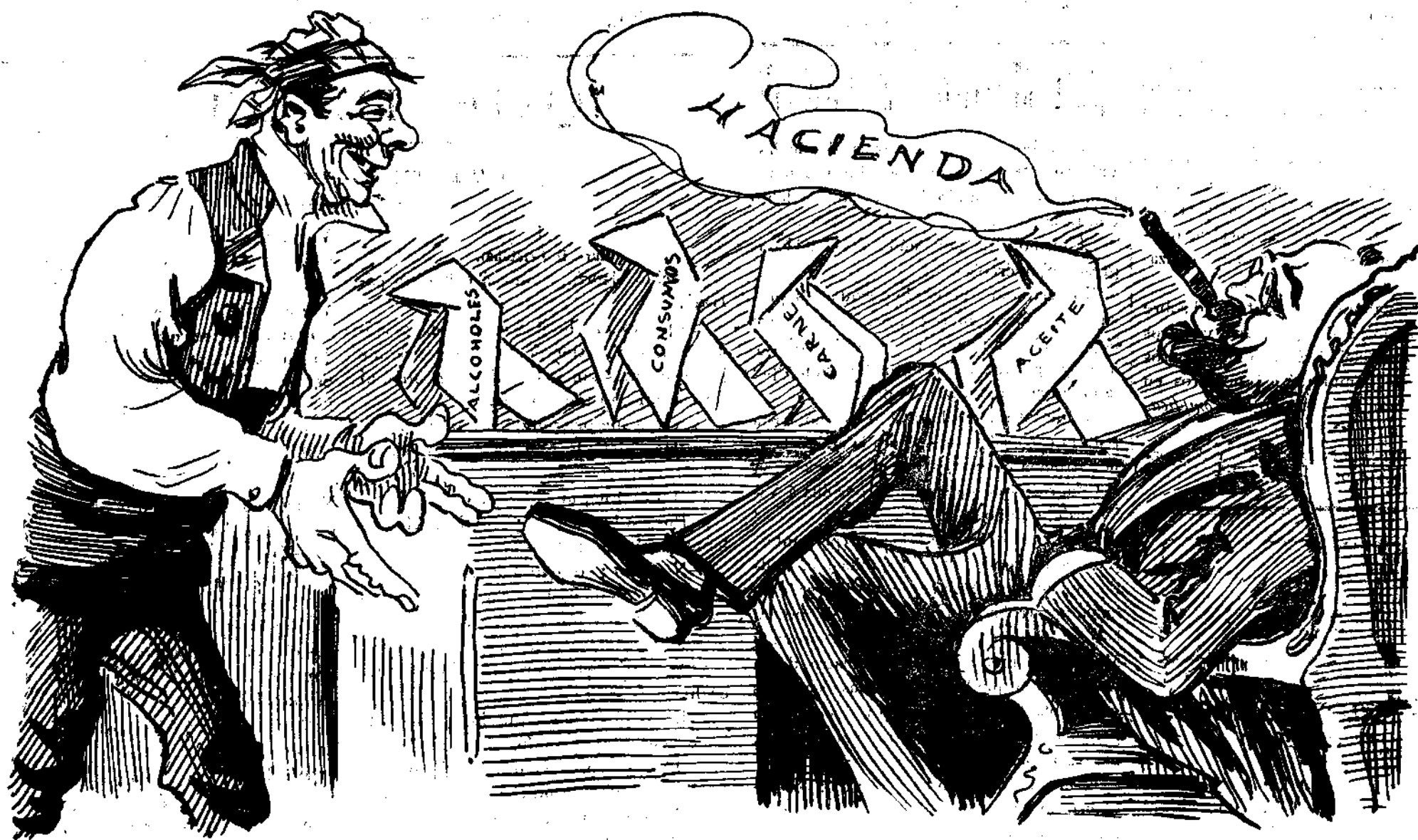
en libranças del Giro ó de la Prensa, sobre mandado
á letra de fácil cobro.
NO SE ADMITEN SELLOS

Toda la correspondencia al administrador
D. José Arrufat.

Madrid 17 de Octubre de 1908.

YO TIRO SIN COMPASIÓN,—YO NO ADMITO SUBVENCIÓN—NI ME CASO NI ME VENDO,—DE RETÓRICAS NO ENTiendo—Y AL LADRÓN LLAMO LADRÓN

Arreglando la Hacienda.



EL PAÍS.—¿Y á esto le llama usted arreglo de la Hacienda? ¿Y para esto cobra usted 6.000 duros? ¿Y por esto tiene usted fama de hacendista y hombre serio?

A chincharse tocan

Hará cosa de un año que unos cuantos políticos negociantes, entre ellos el conde de Romanones que es el más político de los negociantes y el más negociante de los políticos, fundaron una Sociedad para explotar unas minas, no sé de qué, en territorio rifeño.

Como dicho territorio, de derecho provincia del imperio de Marruecos, era y es de hecho un dominio del amigo Roghi, los políticos negociantes se dirigieron al amigo Roghi, para que les permitiera explotar las citadas minas. El amo y señor del Riff entró de mil amores en tratos con los mismos, y después de varias conferencias, la autorización fué concedida mediante la entrega de medio millón de pesetas, si no me es infiel la memoria.

De todas estas negociaciones hablaron los periódicos clara y extensamente; de manera que no descubro ningún secreto al decir esto.

Una vez obtenida la autorización, la So-

ciudad empezó la explotación de las minas al amparo de las tropas del Roghi.

Pero, por lo visto, ahora las kábilas del Riff andan un poco sollivantadas á causa de los sucesos desarrollados en el imperio, y con tal motivo, una de estas kábilas echó los piés por alto pagando los vidrios rotos la Compañía minera de los políticos negociantes españoles, á la que destruyeron algunas obras, robaron algunas herramientas é hicieron algunas otras juidadas ó perrerías por el estilo.

Esto no tiene nada de particular, porque, ¿qué otra cosa se puede esperar de unas gentes bárbaras, mas que barbaridades? Será cosa de que la Compañía de minas del Riff vea al amigo Roghi y le diga unas cuantas frescas por no haber sabido ó no haber podido impedir el atropello. El Roghi procurará que no se repita, y si la Compañía ve que no puede el señor del Riff garantizar sus intereses, lo único que cabrá hacer es pedir que les devuelva el dinero y ahuecar de aquellos sitios tan expuestos á que le zurren á uno la badana.

Pero los señores de la Compañía minera no lo entienden de este modo y en los periódicos de que disponen piden al gobierno que adopte resoluciones enérgicas para protegerles.

Esto me parece que es una solemne gollería, porque no habrá ningún gobierno que se haga solidario de las aventuras mercantiles de cuatro vivos. El gobierno exigirá protección para los súbditos españoles que se establezcan en sitios normalmente seguros, pero no puede, no debe meterse á amparador de los que van á hacer negocios en la boca del lobo. No impedirá que allí se vaya, porque cada cual es dueño de hacer de su bolsillo y de su pellejo lo que le acomode, pero no pasará de ahí.

Estáramos frescos que al conde de Romanones se le antojara ir á cazar codornices á la Zululandia y porque á los zulús les apeteciera la carne acedada del conde de Romanones y se lo merendaran una buena tarde, tuviera el gobierno español que armar ejércitos para castigar á los romanoniferos y que tuviéramos nosotros que coger

el chopo por el capricho de Romanones!

No se puede pensar siquiera en semejante gollería. Ya sé yo que el Riff no es Zululandia, que el Riff forma parte de un imperio obligado á sostener el derecho de gentes; pero en el estado en que el Riff se encuentra, en la práctica viene á ser una Zululandia.

Y no es sólo una gollería lo que piden los señores del margen, sino una insigne majadería. Piden, no que se castigue á la kábila de Benibufur, que es la que ha atropellado á la Compañía (¿y quién la iba á castigar?), sino que se acuda al Magzen, al soberano de Marruecos y se le exija una fuerte indemnización por daños y perjuicios. «Está visto, dicen, que lo único capaz de contener á los revoltosos es atacarlos en lo que más estiman, es decir, en lo que sea de su propiedad. El único modo de que se extreme el rigor del gobierno marroquí para poner freno á las depredaciones de las tribus, es imponerle á él con rigor saludable la obligación de responder con su dinero de los ateados que aquéllas cometan contra los españoles.»

¿Ven ustedes toda la majadería de la pre-tensión?

Sabido de todos es que el gobierno marroquí no puede ejercer hoy por hoy acción alguna de soberanía sobre la región del Riff, en plena insurrección triunfante del Roghí. No hace muchos meses que tuvieron que salir de allí los pocos moros de rey que guardaban el campo de Melilla, y pudieron salir gracias á la protección de nuestras tropas.

¿A quién demonios se le ocurre en estas circunstancias pensar en reclamar indemnizaciones al Magzen por los atropellos que cometen las kábilas rifeñas?

Dice la Compañía que, exigiendo dinero al Sultán, se pondrá un freno á las depredaciones de las tribus... Si se llegara á la imbecilidad de pedirlo y las tribus se enteraran, ya me figuro estar oyéndolas decir: —¡Ahí nos las den todas!

Y hasta se podría dar el caso (¡hay gente tan viva en este mundo de Romanones!) de que la Compañía concertara con las tribus algún atropellito cada semana para dar pie á la reclamación consiguiente. Los moros les perjudicarían en cuatro y se reclamaría del Sultán por cuatrocientos. ¡No sería mal negocio! Esto sí que sería una excelente mina!

No, queridos mineros romanonísticos; ni España ni el Sultán tienen nada que ver con vuestros negocios. ¿Qué contribución pagáis en España por ellos? ¿Qué beneficio obtiene el Sultán de vuestras empresas mineras en el Riff?

Vosotros os entendisteis con el Roghí, le disteis dinero para que os permitiera explotar las minas; vosotros y el Roghí hacéis el negocio. Al Roghí, pues, con vuestras quejas y reclamaciones; pedidle á él indemnizaciones y un jamón con chorreras.

Y si él anda ahora mal de autoridad sobre las kábilas, si no puede garantizar vuestros intereses, no mezcléis á España en vuestros dueños, no nos compliquéis á nosotros en vuestros quebrantos, como no nos complicarais para repartir beneficios.

Nada, nada; si llueve por ahí, abrid el paraguas y dejadnos en paz.



Ya somos felices.

¡Gran noticia, fusileros!
¡Alegraos, españoles!
Ya tenemos nuevamente...
no un gobierno que derroche
aptitud, celo, energía
para el bienestar del pobre,
no un presupuesto arreglado
al que paga y no al que come,
no una justicia barata,
no un ejército que asombre,
no una escuadra que galles
entre las de otras naciones,
no un fomento de riqueza...
...¿Qué es, me diréis, pues, entonces
lo que tenemos que tantos
regocijos presupone?
¡Lo que tenemos!... ¡Ahí es nada!
Disfrutamos desde el doce
del corriente las delicias
de estar abiertas las Cortes,
la sin par dicha que mana
de asistir á las sesiones
(ó de leer sus extractos
para aquellos que no gocen
de la envidiable fortuna
de residir en la Corte).
¿Que es poca ganga, decís,
queridísimos lectores?
¿Que maldita la sustancia
que sacan los españoles
del Parlamento y de sus
discursos y discusiones?
¡Callaros, que es cosa fea
no hacer los justos honores,
ni apreciar en lo que vale
á una ganga cual las Cortes!
Un país sin Parlamento
(como el nuestro, se supone),

no es un país ni merece ocupar sitio en el orbe como no lo ocupe al lado de los cafres y hotentotes. Cuando la misma Turquía y hasta Persia se dispone á tener su Parlamento (si antes estas dos naciones no fúeran á fuerza de zarzagas enormes), ¿qué papel España haría en sus admirables Cortes? ¿Qué Pidal sin cien sueldos y Maura en paños menores!

Alegrémonos, por tanto, de volver á las sesiones con frases de D. Antonio, con las chuscadas ároces que Perico Pidal suelta, con las latas tan enormes del buen Rodríguez San Pedro, con las salidas y cortes que han dado fama á Soriano; y con todo aquel derroche de elocuencia y... caramelos que tan alto el nivel ponen de España ante el mundo todo; sin que un pito nos importen cuantas desgracias y penas sin piedad nos acogoten, porque estando ya de nuevo el Parlamento en funciones, ¿qué nos falta? ¿quién se apura? ¿quién nos chilla? ¿quién nos tose?

¡ASÍ MEDRAMOS TANTO!

Por la boca muere el pez, suele decirse vulgarmente, y por su propia boca, como el pez, se ha declarado Maura reo de delito contra la patria.

El mismo lo ha dicho en la sesión del Congreso del miércoles.

No derribó á Villaverde porque sus presupuestos fueran malos; el Sr. Maura recoge hoy la política financiera de Villaverde, y la acoge porque la conceptúa buena, porque la cree beneficiosa para el país.

No discutiremos ahora si lo es ó no; basta para el caso saber que Maura la acoge hoy, la patrocina porque es buena y declara en el Congreso que no combatió por ella á Villaverde, que no lo derribó por eso.

Pero á cualquiera se le ocurre preguntar: ¿Pues si no conceptuaba perjudicial la política financiera de Villaverde, y Villaverde no había desarrollado otra por la cual pudiera habersele combatido, por qué se prevaleció Maura de haber sido él el ministro de la Gobernación que había hecho las elecciones y se había traído una mayoría atecta á su persona, más que al partido conservador, para derribar á Villaverde?

El mismo Maura lo ha declarado; lo sustancial, lo que se discutía no era la política financiera, porque ésta la consideraba buena, sino... ¡las relaciones del gobierno con las mayorías y el poder moderador! Es decir, se discutía la jefatura del partido liberal conservador.

Y para él era esto lo esencial, no las cuestiones de Hacienda, y por eso derrocó á Villaverde.

De modo, que la cuestión política en aquella época, queda planteada en esta forma:

Villaverde inició la política financiera, que según el criterio de Maura, convenía á España; y Maura, por la ambición personal de ser él el jefe del partido conservador, no consintió que esa política se desarrollara, prefiriendo sacrificar la conveniencia de la patria á sacrificar su ambición egoísta.

Y no sólo sacrificó lo que él conceptuaba conveniente para la nación, sino que dejó que se siguiera otra política perniciosa, y cuando él pudo remediar el mal que había hecho, retardó cuanto pudo el hacerlo, y sólo cuando no encontró otra salida para no tener que presentar la dimisión y dejar el poder por no encontrar ministro de Hacienda medio útil, se acogió á esa política, habiendo retardado su implantación una porción de años.

Si esto no es antipatriótico, no sé yo entonces qué son infamias ni traiciones al interés patrio.

Pero no es extraño este proceder. Maura estuvo afiliado á la extrema izquierda del partido de Sagasta; evolucionó hasta formar en la izquierda del partido conservador, y luego que se alzó con la jefatura de éste, se muestra inclinado á la derecha.

Dicen que es propio de sabios mudar de parecer; pero esta propiedad es común también á los vivos y aquí no hay muestras de otra cosa, una vez que él mismo ha declarado que sacrificó la conveniencia nacional á la conveniencia de su egoísmo.

Y así medramos tanto los españoles; no hay cosa que no nos salga al revés, porque tan malos somos como otros y ninguno sacrifica sus egoísmos, sino al contrario, todo es sacrificado á ellos.

Y en Maura es esto tan palmario, que más no lo puede ser.

A Navarrotreverter casi le llamó ladrón porque presentó á las Cortes un proyecto de ley sobre los azúcares, análogo al que luego presentó Osmá y él defendió, y quien tan gran influencia política sufre, no puede decirse que sea por sabiduría.

Sin embargo de todo esto, es muy de te-

mer que no sea la política de Villaverde la que se siga, porque la política ésta se basaba en la economía en los gastos más que en el aumento de los ingresos, y hay que tener presente que desde el 95 acá no ha habido ministro ni gobierno, más que el de Villaverde, que se haya atrevido á hablar de economía en los gastos. Hace trece ó catorce años el presupuesto de España era de 800 millones, y en ese tiempo se ha aumentado en 300 millones más, y á Villaverde, que se atrevió á hablar de disminuir gastos, lo mató Maura á disgusto.

Así que no hay que hacerse ilusiones: Besada entra con la bandera de Villaverde, pero ya se verá cómo esa bandera es arriada y enarbolada la del aumento de los ingresos, que ya en la sesión del miércoles el nuevo ministro de Hacienda, curándose en salud, apuntó su creencia de que España no puede desenvolverse sin un presupuesto de 1.500 millones, y es lo más posible que Besada, por ser ministro de Hacienda, arrinconó la política que venía representando para seguir la de aumentar la tributación, y la bandera villaverdistas sólo sea un engaño para dar al país alguna esperanza y que siga aguantando á Maura y los suyos al frente de la nación.

¡QUE BRUTOS!

(ARTÍCULO BORRIAL)

I

Murió D. Cristóbal.

Querido Azorín, vamos á echar un párrafo.

Yo por lo mucho que escribo en periódicos no tengo tiempo de leerlos. Se me pasan los días sin haber visto en ellos ni un artículo, ni una noticia.

A veces me preguntan los amigos.

—¿Has visto lo que ha ocurrido en tal parte?

—Hombre no; no sé nada.

—Pues si lo dice tal periódico. ¿No has leído ese periódico?

—No, señor; no lo he leído.

—Y de lo que escribe Fulano de Tal en este otro, ¿no te has enterado?

—Absolutamente nada.

—Veo que lees menos periódicos que un cochero.

—Es porque tengo que hacer más que los cocheros, amigo mío.

—¿Pues si yo creía que los periodistas leías todos los periódicos habidos y por haber! Es claro, como no os cuestan nada...

—¡Ah! Y tú piensas que seguimos el refrán «de lo que no cuesta llenamos la cesta»... Pues ya ves cómo estás en un error. Quizá por lo mismo que no nos cuestan nada los apreciamos menos. El que compra una cosa y paga dinero por ella, suele estimarla en más. Quizá nos suceda como al muchacho que fué á la tienda una tarde á cambiar un billete, y como le dieran entre el dinero de vuelta un duro, lo rechazó diciendo: —Este es falso. —¿Qué ha de ser falso, perillán? Es bueno. —No señor, es falso. —Si sabré yo que es falso cuando lo hicimos entre mi padre y yo esta mañana?

En fin, que leo pocos periódicos y me entero de poquitas cosas y vivo tan ricamente. Por eso no me ha enterado de que Azorín haya pedido para sí la vacante de la Academia.

Y ello así debe de ser.

Murió D. Cristóbal Pérez Pastor, un cura desconocido que sabía muchísima literatura.

Le gustaba al hombre desenterrar los archivos y sacar á relucir documentos viejos, y con esos documentos hizo unos tomos descubriéndonos unas cuantas perre-rías que habían hecho en vida de Lope de

Vega, Gargantes y algún otro de los que nosotros teníamos por muy santitos, y á la cuenta tuvieran sus calaveradas gordas que malquise la falta que nos hacía conocer. A mí parece que me arrancaron algo del corazón, cuando gracias á D. Cristóbal (q. s. g. b.) descubrí los secretillos ó los secretazos que él revela en sus libros, y las picardías de esos grandes hombres.

Por cierto que me extrañó también que antes de D. Cristóbal no las conociésemos. Y me acordé de lo que decía Zahonero cuando vino al Ateneo.

—Yo al llegar á esta casa de sabios me parecía que iba á descubrir grandes y profundas novedades. Pero menudo chasco me llevé cuando ví que las únicas novedades que allí había las llevaba yo, y eso porque me las había enseñado el cura de mi pueblo...

Pues D. Cristóbal era ese cura que había enseñado muchas cosas. Tenía su especialidad y en ella sabía más que Lepe, Lepijo y su familia. Y el pobre D. Cristóbal, que se fué á veranear á la Alcarria, murió y dejó á la posteridad sin enterarse de las flaquezas, calaveradas, charranadas y burradas de otros grandes hombres que nosotros tenemos puestos en grandes y mo-rracotudos pedestales...

II

«Azorín quiere ser académico».

A los pocos días de fenecer D. Cristóbal, pasado el período reglamentario del duelo, la Academia anunció la vacante.

—Se ha muerto D. Cristóbal—decía la Academia—y aquí hay un sillón vacío. El que quiera venir á sentarse en él, tiene dos medios: ó que lo presenten tres académicos, ó solicitarlo él mismo.

Ese anuncio, por lo visto, le leyó Azorín. Y acaso Azorín echó sus cuentas diciendo:

—Pues señor, ser académico me conviene. Eso viste mucho. Los académicos llevan unos uniformes tan majos que parecen ministros. La casaca da bendición el verla; los calzones lo mismo. Son unos calzones mucho más majos que esos que se ponen los lacayos de la funeraria en los entierros en que repican gordo. Esos son los calzones de limpiar, fijar y dar lustre al idioma. En poniéndose uno esos calzones, ya es inmortal. Por el trasero suelen estar un poco sobadillos, pues son los calzones

de sentarse en el sillón; como quien dice, calzón de canónigo. Pues a mí me gustan esos calzónes ¡ja! ¿Y el chaleco? Del chaleco hay que decir maravillas. Viendo a muchos académicos airoosamente vestidos, sin querer se viene a la boca la exclamación: —¡Qué chalecos!

Añada usted a los chalecos y a los calzónes del señorito, y a las chupas, el sueldo. Antes creo que les daban a los académicos, como a los diputados de las comisiones provinciales, un sueldo de cuatro o cinco mil pesetas. Y eso de por vida, sin que se lo quitara nadie, absolutamente nadie.

¿Cómo se reirían cuando iban a cobrarlo, sobre todo los gandules que nunca trabajaban nada ni se las veía el pelo por la Academia!

Sin embargo, después un ministro tuvo la buena idea de fastidiar a los gandules y ligardos de ese y de otros centros. No les dejó las plazas gratis *et amore* para que hiciesen en ellas lo que les saliera de adentro sin paga ninguna, eso no; sino que los puso a jornal. Un jornalico decente, desde luego. El día que trabajasen cobrarían, el que no trabajasen se quedarían a la luna de Valencia.

El trabajo de los académicos es asistir a las sesiones. Molestarse un par de horas por la tarde, ir a la Academia, charlar con los amigos y divertirse y esplayarse un poquito con sus chanzas y amenidades. Y por esas dos horas, cada académico que asiste cobra, si no estoy equivocado, ocho duros. De manera que celebrando sesión dos días a la semana y contando con las vacaciones de verano, el académico puntual y asiduo que no hace novillos, se saca unas tres mil pesetas. ¡Menos da una piedra!

—¡Miel sobre hojuelas!—seguiría diciendo Azorín—. Sobre ir majo, sobre tener fama, sobre pasar a la posteridad y ser inmortal por derecho propio, disfrutar una renta vitalicia de 3.000 pesetas ó un poco más, eso es una ganga cebollonuda...

Lo dicho, que me conviene ser académico. Que me ponga las botas siendo académico... Y por si no hay allí en esa casa tres amigos que me presenten, voy y me presento yo mismo.

En efecto; según parece, Azorín cogió la pluma, y ¡zas!, presentó la solicitud.

III

Burradas que le dicen a «Azorín».

¡Nunca lo hubiera hecho! Apenas los escritores radicales del *Heraldo*, de *El Liberal*, de *El Imparcial*, de *España Nueva*, de *El País* y otros antiguos compañeros de Azorín lo supieron, empezaron a ladrar furiosamente y arremetieron a él como lobos carnívoros ó como perros rabiosos.

—¡Quite usted allá, so tonto!—le decía uno.

—¿Usted académico? ¿Quiere usted ser académico? ¡Valiente majadero! ¿Qué ha de ser usted académico si es usted un burro?

—Pues por lo mismo—podía contestarles Azorín—académico fué Villaverde, y me parece que más zopenco en cuestiones de lenguaje no cabe ninguno.

Ellos, sin hacer caso, continuaban ladrando de un modo descompasado y dirigiendo a Azorín los siguientes piropos:

- ¡Animal!
- ¡Belitre! ¡Pillo!
- ¡Lacayo! ¡Necio!
- ¡Traidor, más que traidor, Judas...
- ¡Cernícalo! ¡Zamacuco!
- ¡Bellido D'Olfos! ¡Neo! Que has saltado del libelo a la Jaclatoria...

Bueno; así en estas formas tan brutales como yo las pongo, no las dicen ellos; pero el sentido es el mismo. El caso es que a Azorín le tienen una tirria y una rabia y un odio, que se lo comerían crudo.

¡Qué brutos!

Porque verán ustedes ahora el motivo de su rencor, de su odio, de su rabia, de sus ganas de morder y su venganza fiera contra Azorín.

Punto y aparte.

IV

Historia de «Azorín».—Desvergüenzas de «Charivari».—Pilladas de un gobernador.

Azorín fué en sus más verdes años anarquista.

Le gustaba mucho leer, y sobre todo autores extranjeros, cuanto más revolucionarios y más radicales mejor.

A Bonafoux lo quería mucho. Era uno de sus ídolos.

Yo creo que desde Yecla se fué Azorín a París y estuvo con Bonafoux antes de venir a Madrid. Empezó por la literatura extranjera.

Bonafoux le presentó en Madrid a Ricardo Fuente el de *El País*, que le recibió con abrazos y blasfemias... muy cariñosas.

—¡Me chiflo en tall! ¿Cómo está usted? ¡Me cisco en los tales! ¡Venga usted acá, querido!

Fuente lo presentó a Lerroux, que era el director, y quedó con él en que al día siguiente se verían a las dos en la redacción...

Y cuenta así la entrevista en su *Charivari*.

«28 Noviembre.—A las dos, este cura, que se precia de ser más puntual que un monarca, ya estaba en *El País*. Fuente no había llegado. Pasa media hora... pasa una hora... pasa hora y media... pasan dos horas... y pas de Fuente. Por fin, al cabo de dos horas y media, que he pasado sentado en un diván, divirtiéndome por dentro, con mis propias ideas, ha llegado Fuente.

Hemos dado un paseo.

—Vencer aquí—habla Fuente—es fácil, con un poco de talento que se tenga. Créame; esto es república literaria de nulidades. ¡Si aquí no hay nadie que piense! ¡Pero absolutamente nadie!... Usted tiene independencia, tiene usted originalidad... y será usted algo dentro de poco entre todos estos memos.

Me ha preguntado si tenía en proyecto algún libro.

—¿No prepara usted ningún tomo?

—Sí, uno de cuentos.

Entonces él me ha dicho que será fácil publicarlo.

—Aquí hay un editor que es un melón, créame usted... Un maestro albañil que ha ganado muchos millones, ¡y se ha metido a editor! Sin duda por continuar «haciendo obras»... Yo le conozco; me ha hecho algunas cosas y verá lo de usted. Me parece facilísimo... ¡Y se lo pagará a usted! Yo me encargo de ello...

Y ya que he referido eso, no estará de más que cuente otro de los episodios de su *Charivari*, de los menos conocidos para que se forme idea de cómo anda el Ejército francés de disciplina. Fué al servicio (allí es obligatorio) un escritor, Alfonso Allais, echándose de bufón, y oigan ustedes...

Alfonso Allais no sólo hace chistes sobre el papel, sino que los vive; su vida es un chiste continuo.

—¿Es usted casado?—le preguntó un teniente el primer día que entró en el cuartel como reservista.

—Sí, señor; soy bigamo.

Asombro del oficial por el tratamiento de señor y por la frescura del subordinado. Y Allais:

—Señoras y señores (*saludos cómicos a los demás soldados*): Como he notado que aquí a los que son casados se les otorga permiso para que por la noche se vayan con sus mujeres, yo tengo dos, para que se me conceda un permiso de noche para una, y otro de día para la otra.

Otro día, en el cuarto de la oficialidad, se precipita como loco hacia una bandera,

y grita agitándola: —¡La sombra! ¿Dónde está la sombra de la bandera?

A lo mejor salía con el fusil arrastrando y dirigiéndose al sargento:

Hermoso día, querido sargento. Brilla el sol, cantan los pájaros y Allais se va a dar un paseito... Para él era inútil el toque de diana; se levantaba cuando se cansaba de dormir. Hacía lo que le daba la gana. Los oficiales... ahuris. Tavieron que dejarle.

El mismo contó después sus aventuras en *Le Chat-Noir*, órgano del cabaret de Rodolfo Salis.

—*Brave homme*—decía al coronel—*un peu bête peut-être, mais si décoratif!*

El caso es que Azorín era atroz. La religión le parecía cosa de tontos, de simples, de inteligencias haraganas que no querían molestarse en averiguar por sí mismas la verdad y creían lo que les decían los otros.

La monarquía una burrada indecente. La república... hasta la república le parecía poco; porque Azorín quería la república anarquista, rebelde a todo lo divino y humano.

Una cosa nueva, en fin, completamente nueva...

Porque es lo que pensaría Azorín:

—Todo lo que hay en el mundo es malo. Los hombres que han discurrido estas cosas eran unos majaderos que no sabían lo que se pescaban. ¡Qué brutos! ¡Qué ocurrencias tuvieron tan estúpidas! ¡Leyes, Constituciones, costumbres, formas de gobierno, todo una animalada! Todo hay que destruirlo por medio de la revolución. Viva la anarquía y que cada cual haga lo que le salga de las narices.

Luego conoció Azorín a los pensadores de la revolución, habló con ellos, comió con ellos, escribió con ellos y no sé si durmió con ellos y le parecieron menos ideales de lo que él se había figurado. Un poco zampabollos los encontró a unos y un poco farsantes a otros.

Y no sé si desengañado ó por divertirse con ellos y revolverlos, dió a luz el librito *Charivari*, contando sus vidas y milagros y dejándolos lo mismo que si les hubiera arrojado un bacín con lo suyo desde lo alto de una ventana, sobre sus cabezas.

Yo creo que por esa charranada quisieron matar a Azorín. El caso es que él lleno de pánico cogió el portante y no se le volvió a ver el pelo por Madrid en mucho tiempo.

Cuando volvió seguía tan revolucionario como antes. Por eso sin duda sus compañeros lo olvidaron todo y lo perdonaron. Y volvió a ser de sus tertulias y de sus discusiones en el Ateneo siempre con el lema demoleedor: —¡Soy libertario!

Dió a luz Galdós su *Electra* y a Azorín le pidieron la opinión como, a uno de los personajes de más valía.

Pero corrió el tiempo y Azorín fué cambiando de ideas.

Diz que en Málaga hubo un gobernador que permitía funcionar las casas de juego y percibía de ellas su *tanti cuanti* y aun lo partía con otro cacique de Madrid.

Un ingeniero malagueño tuvo la mala idea de denunciar el juego, y el gobernador montó en cólera contra el ingeniero y lo metió en la cárcel.

—¡Qué animalada ha hecho ese gobernador!—pensó Azorín—. Ahora voy a revolver Roma con Santiago para meter en cintura a ese bruto.

Y se juntó con Maeztu y Pío Baroja, y los tres fueron a ver a los personajes políticos y a los periódicos pidiéndoles ayuda para reventar al gobernador. Y dió la casualidad de que nadie les hizo caso, fuera de Barrio y Mier, y de que ningún periódico quiso ayudarles fuera de los más reaccionarios.

Quizá le chocó eso a Azorín, quizá vió que en este mundo el que no hace por vivir y por su carrera y su negocio y se

está embobado con las ideas, ó es un memo, ó es un tarugo; ello es que Azorín poco a poco se fué arrimando a los conservadores y a sus ollas, y lo hicieron diputado por Purchena.

—¡Un neo más!—exclamaron sus antiguos camaradas.

Y ellos que le perdonaron *Charivari* y las desvergüenzas que en él sacaba a relucir, no le perdonan el que sea neo.

—Pero señor—dirá Azorín ahora—. ¡Valientes caballerías están estos! Si son tan tolerantes como dicen, ¿por qué no me tolerarán a mí el ser neo? ¿Neo? Si en definitiva sigo siendo anarquista. El anarquismo consiste en profesar la idea de que cada cual puede hacer lo que le dé la gana. Pues si a mí me da la gana ser neo, ¿por qué no he de serlo? ¿Por qué me han de llamar traidor y bellaco si alabo a Maura? ¿Por qué?

V

Ven al infierno conmigo.

Amigo Azorín, escucha. Eso que hacen contigo es natural.

Fíjate en lo que hace Nakens con Morayta.

Morayta, días atrás, a pesar de su masonería y sus triángulos, fué a la iglesia de San José a ser padrino de una hija suya que se le casaba por la Iglesia.

Y le decía Nakens:

—¡Ah, traidor! ¿Con que tú también te metes en la iglesia? ¿Con que tienes miedo al infierno? ¿Con que me abandonas? ¡Pues no me da la gana de ir solo yo al infierno, ea! Quiero que vengas conmigo, granujal. Y es lo mismo lo que te dicen a ti, Azorín. No quieren que te vayas al cielo. ¡Qué brutos! ¿verdad hijo? ¡Qué brutos!

PITORREO

Vimos, por fin, *La nube*, de Palencia, y no gustó, a pesar de lo tanta. Yo atribuyo el fracaso a incongruencia. ¡Porque nos dió una nube y no una manta!

Cuentan que Cánovas, que era tan pésimo gobernante como buen constructor de chistes, dijo en cierta ocasión que convenía dar el poder a los liberales porque el sastre les *apremiaba con la cuenta*.

Un periódico conservador ha recordado la frase del monstruo aplicándola a los liberales de ahora, y el *Heraldo* se enoja, se enfurece y califica el dicho de estúpido ultraje, porque los liberales no pelean más que por ideas, etc., etc.

Y añade que si quisiera podría decir que los neos y los reaccionarios están ahora en el poder para hartar su hambre.

¡Y por qué no decirlo! Sí, hombre; sí. Los que están en el poder, hartan su hambre y los que luchan por conquistarlo lo hacen por estímulos del estómago.

Así está la nación de desmedrada con lo que comen unos y otros. Y así estará hasta que nos cansemos de cebar liberales ó conservadores.

Yo quisiera saber qué les ha hecho Bulgaria a los periódicos del *trust*. ¡Porque cuidado que se ensañan con ella, hasta el punto de que parece que Turquía es la novia de Moya ó la querindanga de Sacristán!

¿Es conducta tan incomprensible un efecto de la tontería ó del oro turco?

¿Qué les importará a ellos que Bulgaria sea ó no independiente? ¿Qué pierde la causa de la civilización con que Turquía vaya soltando los territorios que brutalmente conquistó por la fuerza de las armas? ¿Es que la Bosnia y la Herzegovina tendrían más libertad bajo el dominio del sultán que bajo el del emperador de Austria?

Un amigo me decía el otro día: —¿Saba usted lo que sospecho?

—¿Qué?

—Que el *trust* quiere ver si el Banco Otomano les facilita el dinero para arreglar el asunto de las acciones que tiene en el aire de la quiebra de Rochette.

Don Amós se sulfuró porque Maura le llamó señor Amós... ¡Amos, hombre! ¡Y por qué se bautizó usted con tan raro nombre!

